



La sombra de Enrique



Comité Internacional de la Cruz Roja
Delegación en Colombia
Calle 76 # 10 - 02 Bogotá D.C.
T +57 1 313 86 30 F +57 1 312 82 82
www.cicr.org/co bog_bogota@icrc.org

 ICRCespanol

 @CICR_co

“No va a haber paz mientras las víctimas sigamos esperando”, dice Jacinta. Se refiere a su derecho a saber la verdad sobre lo que pasó con su hermano mayor, Enrique, quien desapareció en el Guaviare cuando tenía solo 14 años. Nunca lo volvieron a ver.

Estas viñetas no son solo dibujos: recogen una historia real basada en el testimonio de Jacinta y su madre, a quienes les hemos cambiado el nombre para proteger su privacidad. Creada por un grupo de artistas e ilustradores en Reino Unido, esta publicación ya ha sido traducida a nueve idiomas.

Para el Comité Internacional de la Cruz Roja es una obligación hacer lo posible para que la voz de estas víctimas sea escuchada y que Colombia deje atrás la indiferencia hacia el sufrimiento que viven miles de familias que no conocen la suerte de sus seres queridos que un día desaparecieron.

“A veces, las personas están donde uno menos piensa. Por eso he ido a muchos departamentos para ver si lo encuentro en alguna parte... pero nada. No puedo decir ‘se acabó’. Nunca he dicho ‘no busco más’. Tengo una esperanza muy grande”.

Fragmento del testimonio de Mariana

Desde los años 60, Colombia ha sido el escenario de un conflicto entre grupos armados y las fuerzas gubernamentales.

Muchos jóvenes, tanto hombres como mujeres, se han sumado a los grupos armados, o estos los han reclutado por la fuerza. Más de 100.000 personas han desaparecido desde que comenzó el conflicto.

Aún se desconoce el paradero de muchas de ellas, y sus familiares no saben si están vivas o muertas.

La sombra de Enrique



Me llamo Jacinta. Creci en la Colombia rural, con mi familia. Era hermoso, pero cuando uno es un niño, no piensa en eso. Es, simplemente, el hogar.

Éramos pobres, pero tampoco pensábamos en eso. Todos en esa zona éramos pobres.

Cuando se fueron a vivir juntos, mi mamá Mariana y mi papá Carlos eran casi niños también.

Discutían cuando había poco dinero. Y siempre había poco dinero.

Mayo, 1986.
"El Infierno",
Guaviare.

Cuando yo tenía ocho años, mi papá nos dejó.

Al irse papá, mamá tuvo que esforzarse mucho para mantenernos. Empezó a cocinar y a limpiar para familias más pudientes. Aceptaba cada trabajo que aparecía. Se iba temprano en la mañana y regresaba tarde; caminaba mucho hasta el trabajo.

Antonia y Henry todavía eran pequeños. Pero Enrique y yo nos dábamos cuenta de lo que mamá trabajaba para nosotros. Tratábamos de ayudar haciendo las tareas domésticas cuando ella no estaba.

La primera Navidad sin los ingresos de papá fue dura...

pero mamá ahorró dinero y nos compró regalos a todos.



Enero, 1987.
San José del Guaviare.

A mis nueve años, nos mudamos a un pueblo para que pudiéramos ir a la escuela. Enrique y yo sabemos que mamá hacía muchos sacrificios por nosotros, así que estudábamos mucho.

En el pueblo, la vida era más cara. Vivíamos en una casa más pequeña que la que teníamos antes.

(Te quedaste con todo el espacio!)

Bueno, ¡tú tienes la manta!

Henry está dormido, ¡hablen en voz baja!

Mamá encontró trabajo como cocinera y encargada de limpieza en una empresa de construcción.

Un compañero le enseñó a fabricar ladrillos.

Trabajaba todos los días, menos el domingo. Ese día, íbamos todos a la iglesia. Después, jugábamos a la pelota o a las escondidas.

¡Otro ladrillo para la pila!

Mientras jugábamos, mamá fabricaba ladrillos, uno tras otro. Enrique y yo la ayudábamos a apilarlos.

Así construimos nuestra casa. No era la más bonita del pueblo, pero cuando la terminamos, todos pensamos que era mejor que la Catedral de Bogotá.

¡Tienes razón!
¿Quién querría limpiar todo eso?

Nuestra casa es mejor.

(Mamá no sabía cómo era la Catedral, pero Enrique le mostró una imagen de su libro de la escuela.)



BANC

Vivimos en una zona de conflicto.

Los grupos armados controlaban el monte que rodea San José.

A veces, se mostraban arrogantes por el pueblo.

Controlaban quién podía entrar y salir. Otras veces, nos despertaba el sonido de los disparos.



Mamá nos dijo que si no nos metíamos, no nos pasaría nada.

Nos vamos a portar bien, mamá.

Y yo siempre los voy a proteger.



Cuando tenía apenas diez años, Enrique comenzó a trabajar después de clase. Recorrió obras de construcción y se ofrecía para transportar ladrillos y herramientas, a cambio de algo de dinero.

¡Mira! El pequeño es más fuerte de lo que parece.

Puede levantar más peso que Esteban.

¡Eh!



Junio, 1988



Cada vez que quería salir, Enrique me acompañaba, para cuidarme.

Éramos inseparables. Él tenía solo un año más que yo, pero se comportaba como adulto. Se sentaba y esperaba pacientemente, mientras yo charlaba con mis amigos, y después me acompañaba de regreso a casa.



¡Cinco mil pesos! Los voy a poner en la lata de los ahorros. Si encuentras dinero, tienes que hacer lo mismo.



Un día, cayó un ladrillo y golpeó a Enrique.

¡Está herido!

¡El pequeño Hércules!



Mamá, por favor, ¡mirame, soy fuerte!

No.

Después de eso, mamá dijo que Enrique ya no podría trabajar en construcción.



Entonces Enrique comenzó a trabajar barriendo en una panadería.

¡Barre más despacio! ¡Haces polvo!



Un día, encontré cinco mil pesos en la calle. Pero no los puse en la lata. Los usamos para comprarle un regalo de Navidad a mamá.

Elegimos el león, porque eres el león que cuida de nosotros.

¡Y ustedes son mis cachorros!



Cuando Enrique tenía quince años, viajó siete horas con su amigo Pablo hasta el pueblo de Calamar. Quería ganar dinero para Navidad vendiendo boletos de rifa en la plaza.



Calamar, sur de Colombia.
20 de diciembre de 1992.

¡Aproveche! ¡Compre una boleta para ganarse la bicicleta! Es barata. ¿No va a comprar ni una?

Nunca vas a ser vendedor, Enrique.



Mamá se preocupó apenas él salió. Por la tarde, fue a la oficina de teléfonos y llamó a Calamar.



Enrique Ramirez, por favor.

¿Qué te dije, Pablo? Cien boletas vendidas. ¡Soy insuperable como vendedor!

¡Escucha!



¡Teléfono para Enrique Ramirez!



Ya vuelvo.



¡Vendi cien boletas! Te lo dije, mamá, esta Navidad comeremos como reyes.



Bueno, solo asegúrate de regresar mañana sano y salvo a casa.

A la mañana siguiente, mamá volvió a llamar, para asegurarse de que todo estuviera bien.

Enrique Ramirez, por favor.



¡Enrique Ramirez!
¡Teléfono para Enrique Ramirez!

¿No viene nadie?

¿Está segura?

Voy a esperar un poco más

no se preocupe.



Pero Enrique no estaba allí.

Cuando mamá regresó a casa, estaba muy preocupada.

Tal vez ya tomó el carpati.



Pero no hubo señal de mi hermano en toda la noche.

A las seis en punto, mamá se fue a la parada del carpati a buscar a Enrique.

Salieron ayer, sí, claro, eran dos. Pero no los he visto hoy.



Mamá llegó a casa llorando.

A la mañana siguiente, fui con mamá y papá en un carpati a Calamar. No querían que yo fuera, pero insistí. Iria con o sin ellos.



El viaje duró siete horas. No había visto a papá en mucho tiempo. Él y mamá apenas se hablaban.



No encontramos nada en la pensión de Enrique. Sus cosas habían desaparecido, como él y Pablo.



Nadie parecía querer hablar con nosotros.

Se quedaron, se fueron. Esto es una pensión. ¿Qué puedo decirle?



Después de una hora de puertas cerradas y miradas vacías, mamá estaba al borde de la histeria, gritando en la calle.

¿Dónde está mi hijo?

¡Mi hijo!



Papá vio a un hombre al otro lado de la plaza, nos miraba en silencio. Cuando se dio cuenta de que lo mirábamos, asintió con la cabeza.



Se dio vuelta y desapareció.

Nos apresuramos y lo encontramos esperándonos a la sombra, a la vuelta de la esquina.



Unos hombres enmascarados llegaron a la plaza. Se llevaron a dos jovencitos en un carro. No esperen ayuda de la gente de aquí...



Aquí todos tenemos miedo.



No nos quiso dar su nombre.

Se fue con prisa.

¡Esper!

¡Por favor!



Mamá y yo nos quedamos en la misma habitación en la que había dormido Enrique. Yo no podía dormir, pero simulaba que dormía. Mamá se levantó por la noche y fue hacia la ventana. Miraba fijamente la plaza.



Cuando se durmió, la tapé con una manta.

Mis padres tenían que trabajar. Tenían que regresar y cuidar de Antonia y Henry. Teníamos que volver a San José. A la mañana siguiente, esperamos a que llegara el carpatí en un silencio agónico.



Un hombre se acercó a mi papá. No se presentó, pero dijo



Esperen a la salida del pueblo. A las cuatro, alguien les hablará

Por supuesto que esperamos, parados a la sombra de un árbol, en el camino que sale del pueblo. Y a las cuatro, un segundo hombre se nos acercó. Sentí que mamá me apretaba la mano cuando el hombre abrió la boca para dirigirse a mi papá.



Pero, inmediatamente, mamá interrumpió.



¿Se llevaron a mi hijo?

¿lo mataron?

Mire, señora, si nos lo hubiéramos llevado o matado, se lo diríamos...

Mariana...

¡Por favor, dígame la verdad!

¿No fui claro? Mejor dejen de hacer preguntas. ¡Piensen en su hijo! ¡Háganme caso y váyanse a su casa!



Más tarde, en la pensión, mi mamá y mi papá discutieron.



¿Cómo pudiste dejarlo venir aquí solo!

¿Dónde estabas?

No estaba solo.

¿DÓNDE estabas TÚ?

Me acosté en la cama y pensé en Enrique. En que tan solo unos días antes, había estado ahí.



Papá no dijo nada durante el viaje de regreso a casa. No sabía en qué pensaba. Yo estaba pensando en Enrique.



A la mañana siguiente, mamá anunció que se quedaba en Calamar para buscar a Enrique. Lloró y me dio un beso al despedirse.



El sol se estaba poniendo cuando papá me dejó en casa. Antonia y Henry estaban acongojados.

Papá no se quedó mucho rato. Parecía triste pero nunca lloró. Se fumó un cigarrillo en la puerta y se fue.



Tarde, mucho más tarde, supe cómo mi mamá había pasado los días siguientes.

Tocó todas y cada una de las puertas del pueblo.



Preguntó a todo el mundo.



¡Váyase de aquí!
¡Su hijo no es asunto nuestro!

Incluso a personas a las que no tendría que haberles preguntado.

Hacen lo que quieren aquí.
Se llevan a muchas personas.

Pero poco a poco...

Por algunos piden rescate, a otros los matan. Si pensaron que era del cartel, seguro ya lo mataron...

A los que aparecen muertos, por lo general los encuentran en la carretera al norte del pueblo...

...con persistencia...

...comenzó a reconstruir la historia.

fue y buscó donde le habían dicho.

¡Váyase a su casa ahora o la dejo en ese hueco para siempre! ¿Me oyó?

¡Ya basta!

Mamá volvió a casa, físicamente, al menos. Pero era como una sombra.

Pero lo único que encontró fueron más problemas.

Su mente seguía en Calamar, buscando a Enrique.

Y luego...



la vida continuó. Pero no como antes.

Mamá trabajaba, yo trabajaba. La casa estaba en silencio. Los años fueron pasando.

Hubo menos risas, y nunca más celebramos la Navidad.



Mamá regresó a Calamar más de veinte veces los años siguientes.



La gente acabó por conocerla.

Fue una y otra vez a la policía de Calamar.

Lo mismo hacía en nuestro pueblo, San José del Guaviare.

Fue a la Procuraduría.

fue incluso a la fiscalía y dio una muestra de saliva.



Mamá salió de ahí con documentación que la registraba como "víctima del conflicto armado".



La guardó en la cajita que tenía en su armario.

Me preocupaba cuando mamá estaba en Calamar.

Buscaba en lugares donde sabía que había cuerpos enterrados. O donde veía moscas o buitres.

Abril, 1998



Sabía que ella se arriesgaba. Llevaba la foto de Enrique y se acercaba a miembros de los grupos armados, les hacía preguntas, los miraba a los ojos para ver si le estaban mintiendo.



Un fin de semana que mamá no estaba, volví a pintar las paredes.

Pero cuando regresó, estaba enojada. Empezó a llorar y a gritar.

¡Todo tiene que estar igual para cuando Enrique vuelva!

Esa noche, hablé con mamá, le dije que sus otros hijos todavía estaban ahí. Y la necesitábamos. Escuchó, se disculpó y lloró.



Luego se quedó en silencio.

En los años siguientes, conseguí un trabajo, me casé y me fui de casa. Pero, al igual que a mamá, siempre me acechó la sombra de Enrique. Ya de adulta, comencé yo también a buscarlo.



Octubre, 2003

Logré incluso entrar a la morgue cerca de Calamar, adonde llevaban los cuerpos de combatientes caídos. Iba a menudo, en caso de que Enrique hubiera sido reclutado por la fuerza y hubiera muerto entre ellos.



Han pasado tantos años. Era tan solo una niña cuando Enrique desapareció.



Me preguntaba si lograría reconocerlo.



Buscaba la cicatriz que él tenía encima de la ceja, y la otra que tenía en el muslo. Eso me indicaría si era Enrique. Pero nunca lo encontré entre los muertos.



Un día oí hablar del programa de la Cruz Roja para las personas desaparecidas. Fui a sus oficinas.



Marzo, 2013

Tomaron la información sobre el caso de Enrique. Me explicaron cuáles eran mis derechos como familiar y me asesoraron sobre cómo pedir ayuda.

¿Qué edad tenía Enrique en 1992?

Tenía 15 años. ¡Pero él pensaba que era ya un hombre de 20!



Organizaron reuniones de apoyo para los familiares de personas desaparecidas. Fue muy bueno conocer a otras personas como nosotros, con seres queridos desaparecidos, algunos desde hacía incluso más tiempo que Enrique.



Por el camino, recogemos a mi hijo José en la escuela. Se parece tanto a su tío; a veces me parece estar viendo a mi hermano.



La casa sigue como Enrique la dejó. Mamá insiste en eso. Ahora tengo 37 años y ella ya tiene más de 50.

Mamita parece más tranquila después de las reuniones. Siempre vuelvo a nuestra vieja casa con ella.



Seguimos esperando a Enrique. Esperanzadas.

La misión del CICR

El Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), organización imparcial, neutral e independiente, tiene la misión exclusivamente humanitaria de proteger la vida y la dignidad de las víctimas de los conflictos armados y de otras situaciones de violencia, así como de prestarles asistencia. El CICR se esfuerza asimismo en prevenir el sufrimiento mediante la promoción y el fortalecimiento del derecho y de los principios humanitarios universales.

Fundado en 1863, el CICR dio origen a los Convenios de Ginebra y al Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, cuyas actividades internacionales en los conflictos armados y en otras situaciones de violencia dirige y coordina.

¡Mi HIJO!



¿Ha visto a este joven? ¿Mi hijo?



Enrique Ramirez.
por favor.



CICR